

# Quevedo, traductor del griego

Josep Maria Balcells

En más de un manual de historia literaria española, y por supuesto en diccionarios *ad hoc*, se puede leer afirmaciones sobre la basta cultura que poseyó Quevedo-nadie la ha cuestionado nunca-, e igualmente sobre su presunto dominio de varias lenguas-aserto menos fiable. En cualquier caso, don Francisco realizó numerosas versiones, mediatizadas o no, a partir de las lenguas clásicas griego y latín, del hebreo y de lenguas modernas como el francés y el italiano. En nuestro apunte, se hará referencia a la relación del escritor con el griego, para lo cual se procederá a exponer las valoraciones que, al respecto, se han emitido.

## LA VERSIÓN DE EPÍCTETO.

Quevedo publicó en 1635, en Madrid, y en la imprenta de María de Quiñones, su **Epícteto y Phocílides en español con consonantes**, libro del que se hicieron varias ediciones en los siglos XVII y XVIII. Don Francisco tradujo también al seudo-Anacreonte, pero el trabajo no salió a luz hasta finales del siglo XVIII, concretamente hasta 1794, año en que las prensas madrileñas de Sancha ponen en circulación el volumen, titulado **Anacreón Castellano. Con parafrasi y comentarios**. De hecho, estas son las dos versiones del griego más conocidas de Quevedo, aunque realizó algunas más, entre ellas algunos trozos del texto plutarquiano sobre Marco Bruto, y determinadas odas de Píndaro.

Prescindiendo de la mejor o peor maestría de Quevedo en sus versiones, y dejando aparte también un problema previo, sus conocimientos de la lengua griega, lo cierto es que don Francisco, como es habitual entre los traductores que se precien mínimamente, tenía siempre a la vista varios traslados, a veces a lenguas diversas, del libro objeto de la traducción. En efecto: en las palabras liminares que sirven de pórtico a su versión del filósofo frigio, manifiesta haber consultado no sólo el original griego, sino también la traducción latina, la italiana, la francesa, y las dos castellanas, la del Brocense y la del Maestro Gonzalo Correas:

*"Con deseo de acertar en lección tan importante, y con el recato de quien trata joyas, he visto el original griego, la versión latina, la francesa, la italiana que acompañó el Manual con el comento de Simplicio, la que en castellano hizo el Maestro Francisco Sánchez de las Brozas, con argumentos y notas; y la última que hizo el Maestro Gonzalo Correas, que en la división de los capítulos sigue a Simplicio, que numera 79, empero el Maestro Sánchez, cuya división sigo, incluyó los 19 y número solos 60 capítulos, a mi parecer con buena advertencia."<sup>1</sup>*

En verdad, si en algún aspecto de su versión hay que hacer reparos a Quevedo, la crítica no puede dirigirse contra la falta de traducciones que pudiera tener a mano. Quizá no las había recogido únicamente por el afán exclusivo de documentarse, sino que tal vez las usó para avanzar en un lengua cuyo dominio le fallaba demasiado. De todos modos, Jáuregui reprendió en don Francisco el desconocimiento de algunas célebres versiones del **Manual** de Epicteto, como por ejemplo la conocidísima del francés Guillaume du Vair. Sin embargo, en nuestro siglo se ha demostrado que, aparte las españolas de Sánchez de las Brozas y de Correas, Quevedo, utilizó, para su traslado en verso del **Enquiridion**, no sólo la versión de du Vair, sino también la de Pierre de Bouglers.<sup>2</sup>

Ahora bien: que don Francisco, a pesar de asesorarse con tantas traducciones, todavía tradujera con excesivos defectos, eso es harina de otro costal. Precisamente un ingenio del siglo XVII, en su **Neapolisea** (Granada, 1651), también censuró al Quevedo metido a traductor del griego. En la extensa cita que refiero a continuación se le recrimina, al igual que hiciera Jáuregui algunos años antes, que adulterara el texto del Epicteto:

*"Y últimamente veo que le pareció al grande Estoico, 'Enchirid.', cap. 73, que si Crisipo no hubiera escrito tan oscuro, no hubiera quien tanto se gloriase de entenderle: 'Si quis intelligentia, et explicandi facultate librorum Chrysippi gloriatur, ipse tibi dic: nisi obscure scripsisset Chrysippus, nihil haberet ille qui gloriaretur'. Palabras que adulteró don Francisco de Quevedo en su **Epicteto**, como otras muchas, trasladando:*

*Si alguno porque entiende*

*los libros de Crisipo y los tratados  
de Aristóteles doctos y admirados,  
se muestra grave y tiene fantasía;  
dirás entre ti mismo: si Aristóteles  
no hubiera escrito obscuro,  
y en estilo tan duro,  
éste que ignora cosas de importancia  
no tuviera soberbia, ni arrogancia.*

*Pudiera Quevedo (si pudiera) no levantar testimonio al grande Epítecto, culpando a Aristóteles en lo que él ni le ocupa, ni le nombra, ni del se acuerda. Yo tengo el texto grecolatino de Simplicio y Jerónimo Uolfio, Colonia, 1576, y el capítulo griego es 73, como yo le cito, no 54, como le pone Quevedo, y las palabras son como arriba quedan, sin acordarse de nombrar a Aristóteles, con quien (como en todo) debía de estar mal Quevedo en aquella ocasión".<sup>3</sup>*

Modernamente, Menéndez y Pelayo también estaba de acuerdo en que la versión de Epítecto deja mucho que desear: "sólo diré -escribió el gran crítico- respecto a las traducciones de Epícteto y de Focílides, que su estilo es desaliñado y en ocasiones una verdadera prosa rimada, especialmente la del **Enquiridion**, en su original no escrito en verso ni con formas poéticas. Tradújole Quevedo en estancias de forma irregular, a la manera de las que empleó el Conde Rebolledo en su **Selva Militar y Política** y otros tratados didácticos. Ya que no pudo dar poesía a aquel catecismo moral, tan árido como provechoso, supo conservar el traductor el tono austero y grave del filósofo estoico, que se ajustaba maravillosamente a su genialidad de moralista".<sup>4</sup>

## LA VERSIÓN DEL SEUDO-FOCÍLIDES

Se ha hecho referencia, hasta aquí, a la versión de Epítecto, y a partir de ahora nos encararemos con la del seudo-Phocílides, trabajo que ha merecido en nuestro siglo sendos estudios de Castanien y de Crosby.<sup>5</sup> Este último, a propósito de la versión quevediana, sólo asegura que es "muy libre, en 594 endecasílabos con rima". Don Francisco no indica de qué versiones se ha servido para el traslado, pero sí Crosby, quien menciona la famosa gramática griega que, con el título **De octo Partibus Orationis**, editó Constantino Lascaris en Venecia el año 1512, en la imprenta de Aldo Manutio. A este libro, en efecto, se incorporaron, a modo de apéndice, los citados

renglones métricos en griego que incluyen una versión latina entre líneas de la que a no dudar se valió Quevedo.

Más arriba se ha transcrito la opinión de Menéndez y Pelayo según la cual don Francisco tradujo de manera nada óptima a Epicteto, pero hemos leído, asimismo, que don Marcelino tampoco exculpaba de defectos a Quevedo en su traslado del seudo-Phocílides. Contemporáneamente, Emilio Carilla recogió una opinión verbal de María Rosa Lida a propósito de la traducción de referencia y de otras, en el sentido de que don Francisco estaba muy lejos de conocer el griego con profundidad, y añadía:

*"La floja traducción de Pindaro, las versiones de Anacreonte y del seudo-Focílides servirían para testimoniar esa afirmación".<sup>6</sup>*

### LA VERSIÓN DE ANACREONTE.

Por lo que hace al **Anacreón castellano** que don Francisco tradujo "según el original griego más corregido", la edición que sirvió de base a Quevedo para realizar su labor fue la de Henrico Stephano (Henri Estienne), que se publicaría en París en 1554. El trabajo del gran satírico resultó, como es bien sabido, vapuleado por Góngora en el soneto que copio:

*Anacreonte español, no hay quien os tope,  
que no diga con mucha cortesía  
que ya que vuestros pies son de elegía  
que vuestras suavidades son de arroje.*

*¿No imitaréis al terenciano Lopez,  
que al de Belerofonte cada día  
sobre zuecos de cómica poesía  
se calza espuelas, y le da un galope?*

*Con cuidado especial vuestros antojos  
dicen que quieren traducir al griego,  
no habiéndolo mirado vuestros ojos.*

*Prestádselos un rato a mi ojo ciego,  
porque a luz saque ciertos versos flojos,<sup>7</sup>  
y entenderéis cualquier gregüesco luego.*

El referido texto, al parecer titulado en un principio "A Don Francisco de Quevedo que quiso traducir un libro en griego, que no entendía", tuvo que cambiar, merced a la Inquisición, el rótulo por otro: "A un Cavallero que quiso traduzir un libro

en griego, que no entendía". La causa: la regla XVI inquisitorial prohibía *facetiae & dicitia in offensam & praejudicium proximorum*.<sup>8</sup>

En el siglo XVIII, concretamente en el año 1786, el catedrático Florez Canseco, al informar al Consejo de Castilla sobre la versión de Anacreonte por Quevedo, puso sobre el tapete el desconocimiento del griego por don Francisco, en cuyo trabajo descubría a menudo "todos aquellos defectos en que es capaz de caer el que intenta formar los caracteres de una lengua que no entiende". Más adelante, añade como colofón que el satírico "no entendía griego".<sup>9</sup> No fue más benévolo Menéndez y Pelayo al enjuiciar a Quevedo a propósito de su *Anacreon castellano*, pues sostuvo que "La *paráfrasis* de Quevedo, llena de rasgos de mal gusto y harto distante de la sencillez griega, es, no obstante, trabajo notabilísimo, que honra en extremo sus conocimientos helenísticos".<sup>10</sup> Recordemos también el parecer, ya anotado, de María Rosa Lida, según la cual la versión del pseudo-Anacreonte cerciora el escaso conocimiento del griego por Quevedo. Más recientemente, Sylvia Bénichou-Roubaud ha puesto muy en tela de juicio los conocimientos helénicos de don Francisco. Acerca de su peculiar versión del pseudo-Anacreonte, la investigadora subraya que el satírico:

*"manejaba la lengua griega con bastante torpeza. En verdad, no la ignoraba del todo, pero en ningún caso nos deja ver el Anacreón al helenista erudito y fulgurante que nos pintan sus panegiristas".*<sup>11</sup>

## MAL TRADUCTOR

Como colofón a este apretado itinerario a través de la crítica suscitada por el Quevedo helenista, procede retener el dato del negativo aprecio que ha merecido su labor traductora. Desde el XVII al XX, así pues, hay casi unanimidad en negar valor a esta clase de versiones quevedianas. No se trata, por tanto, de que le censuren singularmente aquellos escritores que mantuvieron polémica con él, como Luis de Góngora y Juan de Jáuregui, sino que los estudiosos de hoy confirman y aseguran la mala opinión que acompaña al Quevedo helenista, desde el Barroco. Sin embargo, puede y debe interpretarse positivamente que en todo momento tuviera a mano una versión latina -y en ocasiones también de otras lenguas- aunque en su caso cabe albergar la fundada sospecha de que tal traslado latino pudiera suplir la lectura misma del original, dada su notable inseguridad en griego. Y más positiva aún, si cabe, fue su cautela al tener a la vista, en cualquier circunstancia, el texto griego<sup>12</sup>, independientemente de que lo entendiera con harta dificultad.

Otro problema convergente con el que nos ocupa es el de preguntarse por las cualidades mismas de Quevedo como traductor, ya que, dejando al margen sus saberes e ignorancias en griego, parece que su impericia y descuido al traducir son de recibo. Sylvia Bénichou-Roubaud, tras dudar de la pretendida sabiduría del griego que se atribuyó a don Francisco, tampoco dejaba muy en pie su afamado dominio de la lengua del Lacio:

*"Quevedo comete algunos errores y contrasentidos sorprendentes en su traducción del latín: convierte pusionem, 'jovenzuelo', en imaginario nombre propio, 'Pusión'; mientras el latín reza: "barbiton ait Anacreontis poetae inventum fuisse ut trigonum Ibyci" ('dice que el bárbiton fue inventado por Anacreonte, como el trigono lo fue por Ibico'), Quevedo escribe: "dice que Anacreonte halló el género de instrumento que llaman bárbiton, como los de Ibico el trigono", interpretando, al parecer, el Ibyci latino como un nominativo plural, y no un genitivo singular, lo cual es un absurdo".<sup>13</sup>*

---

## NOTAS

1. Obras de Quevedo, BAE, III, LXIX, p.385
2. Donald G. Castanien, "Quevedo's Version of Epictetus Enchereidon", Symposium, XVIII, 1964, p.70
3. Alberto Porcheras Mayo, El prólogo en el Manierismo y Barroco españoles, Madrid, CSIC, 1968, p.201.
4. Marcelino Menéndez y Pelayo, Biblioteca de Traductores Españoles, Madrid, CSIC, 1953, pp. 98-9.
5. Donald G. Castanien realizó un excelente comentario de la traducción de Quevedo en su artículo "Quevedo's translation of the Pseudo-Phocylides", Philological Quarterly, 1961, XL, pp.44-45. Por su parte, a James O. Crosby se le debe una investigación sobre "La historia del texto de la traducción de Focílides", incluida dentro del libro En torno a la poesía de Quevedo, Castalia, Biblioteca de Erudición y Crítica, Madrid, 1967, VIII. El artículo de Crosby incluye también la edición del texto del seudo-Focílides vertido al castellano por Quevedo.
6. Emilio Carilla, Quevedo (Entre dos centenarios), Universidad Nacional, Tucumán, 1949, p.69.
7. Luis de Góngora, Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1967, p.541.
8. Cf. Edward M. Wilson, "Inquisición y censura en la España del siglo XVII", dentro de Entre las jarchas y Cernuda, Barcelona, Ariel, 1977, pp.249-50.
9. CF. epígrafe "Flórez Canseco y el helenismo de Quevedo", dentro del libro de José Simón Díaz La bibliografía: conceptos y aplicaciones, Barcelona, Planeta, 1971, p.297.
10. En la Biblioteca de traductores españoles, op. cit, p. 101.
11. Sylvia Bénichou-Roubaud, "Quevedo helenista (El Anacreón castellano)", Nueva Revista de Filología Hispánica, XIV, p.69.

12. Lo cual obviaban algunos "traductores". Cf. Los 'Coloquios' de Pedro Mexía, de Antonio Castro Díaz, Sevilla, Diputación Provincial, 1977. En este trabajo se refiere el hecho de que Mexía se valió únicamente de la versión latina de Rodolfo Agrícola para traducir la Parénesis de Isócrates. Remito a las pp.75 y155.
13. Art. cit, p.55. Las versiones del latín que llevó a cabo don Francisco son numerosas. Séneca fue el autor más traducido, si bien muchos de los traslados quevedianos sobre textos del filósofo de Córdoba se perdieron. Además de Séneca, Quevedo tradujo una epístola de Plinio, dos odas de Catulo, fragmentos de Lucano, Persio y Juvenal, una carta de Urbano VIII, el libro *De los remedios de cualquier fortuna*, que creyó de Séneca, el opúsculo *Del modo de confesarse*, de Santo Tomás, hoy perdido, etc. A todos estos trabajos hay que añadir las versiones escriturarias que se basan en la Vulgata.

Acerca de las traducciones latinas de Quevedo, Menéndez Pelayo nos da solo la oportunidad referencia, sin comentar las bondades o las imperfecciones del traslado, excepto en el caso de las Noventa Epístolas de Séneca, traducidas y anotadas, de las que únicamente se consevan unas cuantas. De este trabajo dice el polígrafo santanderino: "La traducción es excelente y reproduce bien el estilo cortado, antitético, rígido y preñado de sentencias, dominante en Séneca". Cf. Biblioteca ..., p.105.

Por mi parte, en el epígrafe de la tesis doctoral que titulábamos Persio: *His populus ridet*, destinado a glosar una versión de Quevedo sobre la tercera sátira del poeta latino, comprobamos que don Francisco no puso la necesaria elegancia y pulcritud de estilo que cabía esperar en un latinista supuestamente tan óptimo. También se anotó allí que algunos paréntesis utilizados por Quevedo enmarcaban, escondían, problemas de traducción que -parece- no supo resolver. Asimismo, se decía que no siguió un criterio seguro en su trabajo, ya que utiliza un traslado entre literal y sensum de sensu. En otras ocasiones, el traductor (remito al epígrafe Lucano: *o munera mundum intellecta Deum* también en mi tesis de doctorado) vierte el texto latino con excesivo apego a la literalidad mientras en otros momentos se despega por completo de la letra y el decir de Lucano. Cf. José María Balcells, Las obras ascéticas y morales de Quevedo (Tesis doctoral), Barcelona, Universidad, 1979, volumen II, pp.791-4.

